



PATRICIO PALOMO

MADRES Y HUACHOS

Alegorías del mestizaje chileno

(ENSAYO)



SONIA MONTECINO

Sonia Montecino, **Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno.** Santiago, Editorial Cuarto Propio-Cedem, 1991, 162 páginas.

ciar la Virgen María a la madre soltera, y más brutalmente, llamarnos a cada rato *huachos*, como si lo fuéramos— y que logra modificar los temas y la lógica de las disciplinas que atraviesan.

En efecto, sus análisis de materiales literarios revelan la necesidad de la crítica literaria actual de incluir con mayor fe los contextos; su mirada sobre la religiosidad popular otorga a la crítica feminista una entrada sugerente a la cultura chilena. En fin, sus comentarios sobre política dejan al descubierto el rollo amorfo de discursos estereotípicos ligados a esta práctica: foros de tribunos, retóricas legalistas, anacronismos, discursos tecnocráticos, etc.

Tras nuestros trajes —formales o deportivos, de gatos con corbata que nadie los mata, o falda y vestido para el frío—, tras la apariencia anónima citadina, se nos indica que hay un **Mudito** —el de **El obsceno pájaro de la noche**— que nos arrinconan. Es lo siniestro, lo reprimido, lo que se revuelve en nuestra conciencia, a través de la imagen de los monstruos: según la autora somos anfibios, como el Huallapen, que tiene cabeza de ternero, cuerpo de oveja y piernas torcidas; somos lagartos con alas, como el Piuchien; somos guachitos queridos, guachos culebras, ratones con patas.

Mujer y cultura

El libro de Sonia Montecino es un aporte creativo al diálogo cultural en nuestro país y una apuesta a la fundación de un nuevo orden en el área de las ciencias humanas. Es un texto dinámico, que seduce y agrede a su lector simultáneamente, obligándolo a un ejercicio polémico de contraste con sus lecturas y su entorno vital.

Como se ve, las mujeres se están internando peligrosamente en el mundo de los signos, de nuestros signos, nuestro mundo. Ya no hay escapatoria. Habrá que escucharlas, que leerlas, que criticarlas. Un destino deseable es el de restituir una complicidad con el discurso del otro, sea éste la marginalidad social, de la mujer, o del acto mismo de tomar la palabra y escribir en el nombre de alguien. ■

Juegos de identidades

El libro **Madres y huachos** de Sonia Montecino es un original ensayo sobre la mujer y sobre el mestizaje chileno, vistos a la luz de la religiosidad —el culto mariano, las vírgenes indias—, la política, la literatura y la antropología cultural.

Rodrigo Cánovas

Una vez comenzado a leer **Madres y huachos**, con la gravedad y detención de mi oficio de escribiente ilustrado, en el transcurrir del tiempo de la lectura, una escena acudió a mi mente, infantil, perdida, cotidiana: veía a una abuela mía, vestida enteramente de café, arrellanada en un sillón de su casa, en la misma estación de San Rosendo. El sillón de mimbre era como su centro, vital e inmóvil. Creí recordar vagamente que una manda a la virgen la obligaba de por vida al color café; pero esto lo supe después, una vez ella muerta.

De su padre, ella nunca habló, y sólo levemente de una tía suya, que era como una prima o como una hermana. La casa de esta madrina, en la ciudad de Los Angeles, albergó en los años escolares a la parvada familiar.

A decir verdad, poco sé de ese apellido y mis padres, menos. A la inversa, de la familia Emhart, recién he recibido un recorte de un diario chileno de 1891, donde se anota con claridad y esmero la biografía y la genealogía de este alemán avendado en el sur de Chile.

El bestiario familiar

Sonia Montecino inquiriere sobre los márgenes de la censura social, sobre los dobleces de una identidad que se disfraza de orgullos falsos o apariencias vanas. En pleno Paseo Ahumada, un chileno medio, encorseado en una chaqueta azul marino, aclara ante el entrevistador que “es la raza la mala”; y esto me lo cuenta un amigo filósofo, que cuando quiere pensar, sueña en alemán.

La identidad nacional es lo que somos a pesar nuestro, es lo que no queremos ser. Los chilenos vivimos cercados por nuestras exclusiones. Las solteras no salen a la calle, los venidos a menos no se deciden a virar sus trajes, las madres solteras viven con el credo en la boca, los huachos se demoran toda una vida para saber quién los procreó, y los padres que han dado el apellido viven en constante fuga, en clandestini-

dad, escapando de las pensiones de ayuda como destetados.

Sonia Montecino nos otorga la ficha del bestiario familiar chileno, su genealogía vulgar y predecible, sus ritos de trascendencia y las máscaras que la clase media actual tiene para sacar manchas que no salen, porque —como sabemos— “son de nación”.

Así por ejemplo, son conminadas a aparecer en la escena patriótica, las figuras femeninas de *amancebada* y la *barragana* (es decir, las que conviven sin los sacramentos, con las variantes del caso), y las figuras masculinas del *lacho*, el *padre transfuga* y el *bastardo*. Leemos que el lacho es, en realidad un huachito, que ampara a la mujer —no a una, sino a muchas— conforme a su deambular; que el padre es un dominio lejano, que reside fuera del hogar; y que el bastardo se legitima como bandido, anarquista o abusador de mujeres, asumiendo el rol de “macho”, que alivia una precariedad originaria.

La máscara moderna

Estas **Alegorías del mestizaje chileno** —subtítulo del libro— comentan la crisis y la recomposición social de tres instancias: la familia, la nación y el discurso.

Veamos. La modernidad es el juego de apariencias que nuestras sociedades construyen para negarse a sí mismas. Es una adecuación a nuestro arribismo, una falsa comunión con los valores de eficiencia, racio-

nalidad y legalidad escrita. Esta máscara, resquebrajada por las risas y los llantos (ante el espectáculo de nuestra pobreza), deja traslucir el espacio trascendental de nuestro mundo: la cultura oral, la noción de reciprocidad en las relaciones sociales, los ritos de un cuerpo social, cuyo centro es el sincretismo cultural.

Esta partitura no constituye mayor novedad, en el ámbito del ensayo hispanoamericano. Hay muchos ensayos que nos hablan sobre la cultura en términos análogos, y que también nos hablan sobre las limitaciones del concepto, la necesidad de establecer diálogos interdisciplinarios, y sobre la inclusión de la imaginación literaria en el quehacer de las ciencias humanas. Generalmente, esos ensayos aparecen asfixiados por el academicismo, por el código de la “cultura política” o, a la inversa, por el código (demasiado creativo) de la “escritura experimental”. Pues bien, en Sonia Montecino existe una apertura *real* a la construcción de un imaginario colectivo, por cuanto su trabajo combina lo *dulce* y lo *útil*: es la artesanía del saber, que mezcla diversas tramas —tradición oral, historiografía, literatura, religión, feminismo y política—, y las procesa desde el concepto y la cultura popular.

Los monstruos

Discurso impulsivo, que opera con intuiciones, que comete irreverencias —como la de aso-